

¿Te está llamando Dios al ministerio?

por

Rev. Sam Powell M.Div.

Profesor del City Seminary



City Seminary
SACRAMENTO

Si estás leyendo esto, probablemente te preguntas si el Señor te está llamando al ministerio del evangelio.

Es un noble llamado.

Pablo mismo dijo, «Palabra fiel: Si alguno anhela obispado, buena obra desea» (1Ti 3:1 RVR1960).



Si lo que buscas es la confirmación de un vellón o de un asno parlante, probablemente tendrás que esperar mucho. Tampoco es probable que seas arrebatado al cielo para tener un atisbo del trono de Dios. No recibirás la visita de un ángel, ni te encontrarás con Jesús mientras marchas de camino a Damasco.

Sin embargo, Jesús sigue llamando a hombres al ministerio. Cuando resucitó de entre los muertos, Él dijo que se le había dado toda potestad. Es Jesús quien prepara a sus siervos; es Él quien da dones a los hombres (Ef 4:8-12). Si es la voluntad de nuestro Señor que sirvas a su reino en el ministerio del evangelio, no dejará que tengas que adivinarlo, sino que dejará claro, tanto para ti como para su iglesia, que tu llamado viene de Él.

El deseo por servir a Jesucristo es común a todo cristiano. Todos somos llamados a presentar nuestros cuerpos como sacrificio vivo de acción de gracias (Ro 12:1), pero el llamado a servir como pastor de las ovejas es diferente. El apóstol Santiago escribió: «Hermanos míos, no os hagáis maestros muchos de vosotros, sabiendo que recibiremos mayor condenación» (Santiago 3:1). No se puede jugar con el llamado a ser pastor, porque con Dios o con su pueblo no se juega. Muchas iglesias y pastores podrían haberse evitado grandes daños si estos hubieran realizado una evaluación personal concienzuda antes de

perseguir su llamado. Así que, teniendo esto en mente, me gustaría mencionar ocho cualidades que debes examinar en ti mismo en oración. Escudriña tu corazón. Ora pidiendo humildad y gracia, y júzgate con honestidad. ¿Tienes estas cualidades que son absolutamente necesarias para ser un buen pastor?

1. ¿Has pensado en las peras?

Cuando llegamos a Cristo, lo hicimos para ser librados de nuestros pecados. No puedes llegar verdaderamente a Cristo hasta que conoces tu desesperada necesidad. Pero hay un momento en la vida de todo cristiano en el que el concepto del pecado pasa de la teoría a lo concreto. Como cristianos, sabemos que Jesucristo vino al mundo a salvar a los pecadores. ¿Pero sabemos exactamente lo pecaminosos y corruptos que somos en realidad?

Pablo escribió «Palabra fiel y digna de ser recibida por todos: que Cristo Jesús vino al mundo para salvar a los pecadores, de los cuales yo soy el primero» (1Ti 1:15). Un buen pastor es alguien que ha afrontado su propio y horrendo corazón. Es alguien que se ha mirado mucho en el espejo de la ley de Dios, y ha caído postrado ante su trono clamando: «¡Ay de mí! que soy muerto»

Agustín, el gran padre de la iglesia, escribió acerca de ese momento en su vida, recordando un incidente sucedido cuando era un joven perverso e imprudente. Él escribe:

Deseaba robar, y lo hice, obligado no por el hambre, ni por la pobreza, sino por estar harto de hacer lo correcto, y por consentirme la iniquidad. Porque robé aquello de lo que tenía mejor y más que suficiente. No quería disfrutar de lo que robaba, sino disfrutar del robo y del pecado mismo. Había un peral cerca de nuestra viña, cargado de peras que no resultaban tentadoras ni por su color ni por su gusto. Unos cuantos e impúdicos jóvenes nos acercamos para zarandearlo y robarlo... y tomamos grandes cantidades, no para comerlas, sino para arrojarlas a los cerdos después de apenas haberlas probado... He aquí mi corazón, oh Dios, he aquí mi corazón del cual tuviste misericordia cuando estaba en el fondo del abismo (Confesiones, Libro II).

Aunque pueda sonar horrible, algunos entran al ministerio buscando riquezas... también algunos entran en busca de respeto... Quizás otros buscando una vida relativamente cómoda... O quizás alguno desea el llamado porque... sueña con grandes iglesias...

Ezequiel dice: «Ay de ellos»

Todo cristiano recuerda las peras en uno u otro momento. Nuestro pecado no tiene excusa; pecamos porque nos encanta. Nos hundimos en la ciénaga de nuestra propia impiedad porque nos gusta. Antes de que Dios llame a un hombre al ministerio, primero lo humilla con el recuerdo de su pecado. Solo aquellos que conocen su sed pueden aprender a amar la fuente de agua viva.

¿Recuerdas las peras? ¿Puedes decir, junto con Jeremías,

Y dije: Perecieron mis fuerzas, y mi esperanza en Jehová. Acuérdate de mi aflicción y de mi abatimiento, del ajeno y de la hiel; lo tendré aún en memoria, porque mi alma está abatida dentro de mí; (Lm 3:18-20)?

Solo alguien quebrantado por su pecado puede conocer el evangelio de verdad. Y solo alguien que lo conoce de verdad, puede predicarlo a otros.

2. ¿Tienes un corazón de pastor?

Hijo de hombre, profetiza contra los pastores de Israel; profetiza, y di a los pastores: Así ha dicho Jehová el Señor: ¡Ay de los pastores de Israel, que se apacientan a sí mismos! ¿No apacientan los pastores a los rebaños? (Ez 34:2)

Existen muchas formas en que los pastores pueden alimentarse a sí mismos en lugar de a las ovejas. Aunque pueda sonar horrible, algunos entran al ministerio buscando riquezas y privilegios a costa del pueblo de Dios. También algunos entran en busca de respeto o autoestima. Quizás otros buscando una vida relativamente cómoda, apartados del ajetreo y el esfuerzo de un mundo que trabaja de 9 a 5. O puede que alguien desee el

llamado porque le gusta la idea de ser admirado. Piensa en los grandes pastores de épocas pasadas, o en los que existen hoy. Piensa de sí mismo: «Yo podría hacer eso. Sería respetado, admirado y amado también».

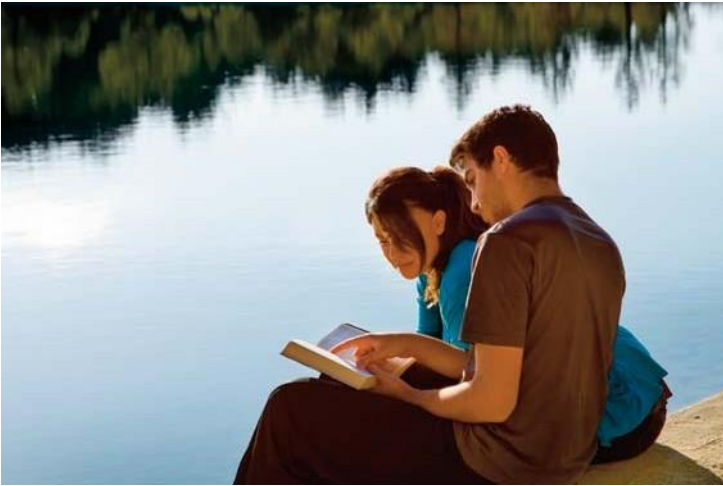
Sueña con grandes iglesias, congregaciones que lo admiran, sermones que hacen llorar a estatuas de piedra. Sueña con predicar como Whitefield o Spurgeon, con enfrentarse a imperios impíos como hizo Lutero, con recibir la adulación de las masas, con llenar salones de conferencias, y presidir desayunos de oración con los famosos y poderosos.

Ezequiel dice: «Ay de ellos». Es algo muy duro. Sean cuales sean los motivos, todos ellos

están buscando enriquecerse o alimentarse a sí mismos a costa de las ovejas. Un pastor de las ovejas solamente tiene un llamado: alimentarlas. Es cierto que Dios provee todo lo que necesitan sus ministros. Es apropiado que un ministro reciba un salario. También lo es que, si es honorable, reciba honra. Pero si está buscando estas cosas en lugar de cuidar y alimentar a las ovejas, se hará daño a sí mismo y a la Iglesia de Dios.

Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren.

(1Ti 4:16)



Un pastor fiel solo tiene una tarea: pastorear el rebaño de Dios que le ha sido confiado (1Pedro 5:1-2). Si Dios te coloca en una congregación pequeña en un área lejana, es porque allí tiene ovejas que ama. Las ha puesto a tu cuidado, y espera que las alimentes.

¿Deseas alimentarte a ti mismo? ¿O anhelas alimentar a las ovejas de Dios? Si tu motivación para buscar el ministerio es obtener respeto, admiración, una vida fácil, o lucrarte indignamente, por favor, arrepíentete, pide al Señor que te dé un corazón limpio, y, hagas lo que hagas, mantente lejos del ministerio hasta que el Señor te dé un corazón para alimentar a las ovejas. Puedes alimentar a las ovejas o alimentarte a ti mismo, pero no las dos cosas.

3. ¿Tienes un corazón de siervo?

Pero él les dijo: Los reyes de las naciones se enseñorean de ellas, y los que sobre ellas tienen autoridad son llamados bienhechores; mas no así vosotros, sino sea el mayor entre vosotros como el más joven, y el que dirige, como el que sirve. Porque, ¿cuál es mayor, el que se sienta a la mesa, o el que sirve? ¿No es el que se sienta a la mesa? Mas yo estoy entre vosotros como el que sirve.

(Lucas 22:25-27)

No hay nada más destructivo para el pueblo de Dios que el deseo de un hombre por estar al mando. Es muy tentador pensar que podemos cambiar el mundo diciendo a la gente lo que tiene que hacer. La ley nunca puede cambiar un corazón. Incluso Jesús, que es nuestro Señor y Maestro, no vino para ser servido, sino para servir.

El poder de la iglesia no se basa en la autoridad. Esa es la idea de poder que tiene el mundo. El poder de la iglesia es el amor. Jesús no derrotó al diablo exaltándose a sí mismo. La derrota de Satanás se produjo cuando Jesús estaba colgando de una cruz, muriendo como un criminal en nuestro lugar. El verdadero poder nunca está allí donde piensan los reyes del mundo.

El mundo reúne poder mediante coaliciones, partidos, prestigio, riquezas, influencia y fuerzas. «Mas no así vosotros», dijo Jesús. ¿Quieres ser un ministro del evangelio? Comienza ahora, tomando el menor lugar en cada área. Sé aquel que limpia la mesa, tira la basura, o friega el suelo. Considera a los demás mayores a ti mismo.

Si la idea de aprender hebreo y griego te llena de terror, si no puedes entender la diferencia entre «de la misma sustancia» y «de sustancia similar», si consideras un trabajo duro y fatigoso leer teología sistemática, entonces quizás el Señor no te está llamando al ministerio del evangelio.

Ora por tener el corazón de un siervo. Nuestra fuerza está en el servicio; nuestro poder en la debilidad. Al final no son nuestros dones y habilidades las que nos convierten en pastores, sino el Espíritu Santo. Dios se deleita en mostrarse fuerte cuando estamos en nuestro punto más débil.

4. ¿Tienes los dones intelectuales necesarios para el estudio?

Entre tanto que voy, ocúpate en la lectura, la exhortación y la enseñanza. No descuides el don que hay en ti, que te fue dado mediante profecía con la imposición de las manos del presbiterio. Ocúpate en estas cosas; permanece en ellas, para que tu aprovechamiento sea manifiesto a todos. Ten cuidado de ti mismo y de la doctrina; persiste en ello, pues haciendo esto, te salvarás a ti mismo y a los que te oyeren.
(1Ti 4:13-16)

Todos están llamados a servir al Señor según sus propios medios y dones. La principal función de un ministro es estudiar la Escritura y proclamar la doctrina del evangelio. Si alguno está llamado a hacerlo, entonces tendrá los dones necesarios para usar bien la palabra de verdad (2Timoteo 2:15). Si la idea de aprender hebreo y griego te llena de terror, si no puedes entender la diferencia entre «de la misma sustancia» y «de sustancia similar», si consideras un trabajo duro y fatigoso leer teología sistemática, entonces quizás el Señor no te está llamando al ministerio del evangelio.

Como hemos dicho, un pastor fiel alimenta las ovejas. Para alimentarlas, hemos de tener un almacén con alimentos. Eso requiere una gran cantidad de estudio. Debemos proteger a las ovejas de los lobos, conocer las tendencias actuales en teología, ser capaces de entender las grandes luchas del pasado, y por qué se lucharon.

La educación del seminario es una valiosa prueba para los dones. Si alguien no tiene los dones para soportar las pruebas de la educación en el seminario, no podrá usar bien la

palabra de verdad cuando haya salido de él. Eso no significa que no haya lugar para él en el reino de Cristo. ¡Por supuesto que no! Pero sí significa que debería buscar su llamado en otro lugar.

Pablo le ordenó a Timoteo que evitara las cuestiones necias e ignorantes, «con mansedumbre corrija a los que se oponen» (2Ti 2:23-25). Esto es algo que requiere de ciertos dones y habilidades. Se debe tener la capacidad intelectual para reconocer una cuestión necia e ignorante; se han de tener los dones necesarios para entender a los que se oponen, y ser capaz de oponerse a ellos. Por este motivo, Pablo dijo que «el siervo del Señor... debe ser... apto para enseñar» (2Ti 2:24).



No todo el mundo tiene los dones intelectuales necesarios, y el que se examine para ver si los tiene, hará bien. Un sermón lleva horas de estudio y reflexión. Si este pensamiento hace que te estremezcas de temor, quizás el Señor NO te está llamando al ministerio del evangelio.

Para convertir a alguien en pastor, los dones intelectuales no son suficientes. Pero son necesarios.

5. ¿Tienes dones de comunicación?

Alguien que no pueda expresarse con claridad, será un pastor pobre. Puede que esté llamado a otra área del ministerio, pero no al púlpito.

Un predicador efectivo debe ser capaz de tomar lo que ha aprendido en su estudio y alimentar con ese conocimiento a las ovejas. No estamos hablando de la así llamada «sabiduría del mundo» que Pablo condena (1Co 2:4), sino del don de comunicar —declarar de forma simple, clara y precisa la palabra de Dios al mundo. La sabiduría del mundo de la que habla Pablo es un tipo de comunicación que trata de manipular, emocionar o entretener. El mundo ya tiene mucho de eso. La sabiduría de lo alto, enseñada por Dios, es la del evangelio, que es, en definitiva, enseñada por el Espíritu Santo a través de vasos de barro: los ministros del evangelio. Por tanto, dichos ministros deben poder hablar los misterios del evangelio de manera clara y simple.

Cuando hablas de lo que está en tu corazón ¿pueden entender tu familia y tus amigos lo que estás diciendo? ¿Puedes hacer que se escuche tu voz? ¿Existen impedimentos físicos en tu habla que puedan obstaculizar el mensaje que intentas transmitir? Recuerda que, como ministro del evangelio, debes menguar conforme Jesús crece (Juan 3:30). Un hombre de Dios debería desear que nada se interponga en el camino del evangelio de Jesús, y, ciertamente, que no lo hagan los problemas raros de comunicación y que puedan distraer.

Muchas dificultades en la comunicación pueden superarse mediante el adiestramiento, pero no todas. Sin embargo, primero es necesario ser consciente de ellas y reconocerlas. Recuerda que es Dios quien hizo la boca del hombre. Si te ha llamado a servir como predicador, te dará la capacidad de hablar claro y de forma efectiva.

6. ¿Eres disciplinado?

La mayor parte del tiempo un ministro del evangelio no tiene alguien supervisándolo y ayudándole a organizar su tiempo. He oído de ciertos ancianos en ciertos lugares que conducen hasta la iglesia para asegurarse de que su pastor está en la oficina a las 9:00 de la mañana, pero, afortunadamente, estos casos son pocos y distantes.

Alguien que no puede organizar su tiempo y disciplinarse para la obra a la que Dios le ha llamado, sería un líder y pastor de las ovejas deficiente.

Salomón dijo: «Como el vinagre a los dientes, y como el humo a los ojos, así es el perezoso a los que lo envían» (Pr 10:26). Cristo mismo es quien envía al ministro del evangelio. Si ama a Jesús, ¡no querrá ser humo en los ojos del Señor de la gloria!

La mies es mucha, mas los obreros pocos. Hay mucho que hacer en el reino de Dios. La iglesia de Jesucristo se verá obstaculizada por un hombre al que le cuesta salir de la cama, que es lento a la hora de finalizar su trabajo, y que no es capaz de ser disciplinado con su dinero y con su tiempo.

Si nos juzgamos a nosotros mismos, no seremos juzgados. Aprende a disciplinarte antes de ordenarte. ¿Qué piensa de ti tu empleador actual? ¿Eres humo en sus ojos? Si es así, arrepíentete y ora pidiendo dominio propio para no convertirte en una carga para la iglesia de Jesucristo.

El llamado al ministerio no solo ha de ser interno, sino también externo. Esto significa que Dios no solo te entregará el llamado... sino que también preparará a la iglesia para aceptarte como su pastor... si la iglesia dice «no», la respuesta es «no».

¿Tienes sabiduría para discernir tu falta de sabiduría?

Hijo mío, si recibieras mis palabras, y mis mandamientos guardares dentro de ti, haciendo estar atento tu oído a la sabiduría; si inclinares tu corazón a la prudencia, si clamares a la inteligencia, y a la prudencia dieres tu voz; si como a la plata la buscares, y la escudriñares como a tesoros, entonces entenderás el temor de Jehová, y hallarás el conocimiento de Dios. Porque Jehová da la sabiduría, y de su boca viene el conocimiento y la inteligencia..

(Proverbios 2:1-6)

La sabiduría bíblica no solo consiste en conocer los hechos y saber qué hacer, sino también incluye hacerlo. Imagina que tus amigos y tú estáis sentados en una casa, y escuchas un grito diciendo que está en llamas. Un hombre sabio entiende las palabras, sabe que lo

mejor es abandonar la casa, y luego, de hecho, la abandona. Un necio discute acerca de las implicaciones teológicas del concepto de fuego y si encaja o no con el tema del agua en el evangelio de Juan, mientras sus amigos perecen en las llamas. El necio puede incluso debatir si el fuego es algo que existe en realidad, o si podemos saber si NOSOTROS existimos, o si las palabras y pensamientos tienen relación con la realidad, y cómo eso encaja con el tema del Logos en Juan... Pero un hombre sabio entiende las palabras, comprende lo que implican, y luego sale de la casa. El hombre necio puede que

7.

nunca llegue a entender que lo mejor que puede hacer es abandonar inmediatamente la casa. Es posible que argumente con sus amigos de forma convincente. Pero si no abandonan la casa, son necios, sin importar el mucho conocimiento que tengan.

Así pues, un hombre sabio es aquel en el que se unen el conocimiento, el entendimiento y los actos. Sabe lo que hay que hacer y lo hace.

Hay una tremenda necesidad de hombres sabios en el ministerio del evangelio. No hemos sido puestos en el mundo de nuestros padres, sino en el NUESTRO, con sus desafíos y dificultades particulares. Tus congregaciones estarán repletas de gente que ha sido víctima de crímenes, de abusos sexuales en la niñez, de falta de cuidados, gente que ha sido herida, dispersada y marginada. Las ovejas que Dios pone bajo tu cuidado están enfermas, heridas, dolidas y hambrientas. Eres responsable de dar a cada oveja lo que necesita (Ez 34:4-6).

Algunas ovejas necesitan reprensión, otras, aliento. Algunas necesitan ser fortalecidas y otras consoladas. Algunas resultarán ser lobos disfrazados de ovejas, y habrá que ahuyentarlos, ya que las ovejas no solo necesitan ser alimentadas, sino también protegidas. Fracasamos porque nos falta sabiduría, y nos falta porque no la pedimos (Santiago 1:5). No la pedimos porque nuestra tendencia natural es creer que ya la tenemos.

Pero la sabiduría solo viene de Dios. La necedad es nuestro estado natural. En toda situación haremos exactamente lo que está mal, porque somos necios. Para ser sabios, hemos de buscar la sabiduría como si de un tesoro escondido se tratase. Debemos buscarla con toda determinación, porque solo procede de un lugar: la da el Señor.

¿Reconoces tu necedad natural? ¿Entiendes tu tremenda necesidad de sabiduría? Busca el rostro del Señor y pide su sabiduría. Un pastor necio dispersa y destruye las ovejas.

8. ¿Tienes verdadera humildad?

¿Cuándo fue la última vez que te equivocaste en algo? Como ministro del evangelio, lo harás muchas veces. Las páginas de la historia de la iglesia hasta el día de hoy están llenas de hombres que podrían haber hecho grandes cosas si no hubieran caído en el orgullo.

El orgullo es algo que debería aterrorizar a todo cristiano, pero especialmente a aquellos que sirven como ministros del evangelio. Dios resiste a los orgullosos, pero da gracia a los humildes (Santiago 4:6). ¿Cómo podremos servir a las ovejas de Dios si nuestro orgullo hace que el Todopoderoso nos resista? Cuando el Creador lucha contra nosotros, ¿quién podrá mantenerse en pie?

No me refiero a la falsa humildad, que hace un fingido espectáculo denigrando los dones que Dios le ha concedido. Debemos estar agradecidos con Dios si nos ha dado dones, y buscar utilizarlos para su gloria y el bien de la iglesia. Me refiero a la verdadera humildad, la de entender cuál es nuestro lugar ante el Dios Todopoderoso.

Primero que todo, somos criaturas, y el Creador tiene derecho a colocarnos donde le plazca.

No tienes derecho a tener una iglesia grande, un libro éxito de ventas, o los elogios de las masas. Buscar estas cosas te destruirá a ti y a los que te oyeren. Piensa en el apóstol Jacobo. Junto con su hermano Juan y con Pedro, era miembro del círculo interno de Jesús. Fue uno de los tres testigos de la transfiguración de nuestro Señor, uno de sus más estrechos asociados. Después de que Jesús ascendiese al cielo, envió el Espíritu Santo sobre su iglesia, mandándoles a predicar el evangelio a toda criatura. ¡Qué impresionante llamado! Y, entonces, leemos que Herodes decapitó a Jacobo. Después de todas las promesas y toda la capacitación, el llamado de Jacobo en la expansión del evangelio era morir para que el resto saliera de Jerusalén.

Dios tiene derecho a hacer con nosotros como le plazca. ¿Quieres ser un siervo fiel? Entonces ora para que Dios te use como considere oportuno. Ya sea que te forme en el desierto durante 40 años poniéndote a cargo de ovejas y cabras, o que te dé un sermón que cambie la vida de miles, al final es Dios quien da el crecimiento.

No solo eres una criatura, eres un pecador. Incluso ahora, siendo un creyente en Jesucristo, no puedes pasar un momento sin pecar. No tenemos ni idea de cuán sucio, vil y corrupto es el pecado en realidad. No lo sabremos hasta que veamos cara a cara el rostro de Jesús. Entonces, como Isaías y Juan, caeremos rostro en tierra frente a la santidad y hermosura verdaderas. Hasta ese día, cree lo que Jesús dice acerca de ti. Sin Él, nada puedes hacer. Sin Él y sin su Espíritu, toda decisión que tomes será necia, cada visita pastoral que hagas terminará con ovejas heridas y dispersas, cada sermón que prediques será doctrina de demonios. No te atrevas a dar ni un solo paso sin apoyarte completamente en su gracia.

El orgullo es tan destructivo, que, desde sus inicios, la iglesia ha examinado a aquellos hombres que buscan un llamado. Si la iglesia dice «no», has de estar dispuesto a escucharla. Si dice «todavía no», entonces espera.

Como hemos dicho, el llamado al ministerio no solo ha de ser interno, sino también externo. Esto significa que Dios no solo te dará el llamado a ti por medio de un cuidadoso examen de tus dones, sino que también preparará a la iglesia para aceptarte como su pastor. Los ancianos deben examinar tus dones y conocimiento. La congregación de los santos debe examinar tu vida y tu llamado. Si la iglesia dice «no», entonces la respuesta es «no». Encuentra otra área en la cual servir. El cuerpo tiene muchos miembros, cada uno con su propia función. No hay que avergonzarse por necesitar ser dirigido al lugar en que tus dones puedan servir. Sin embargo, un hombre en el púlpito que carece de los dones necesarios acabará destruyendo a las ovejas de Dios.

Ten la humildad de escuchar a la iglesia. Si es la voluntad de Dios que sirvas como ministro del evangelio, Él preparará el camino. En su providencia, te dará la oportunidad de completar una educación en el seminario. Confirmará su llamado en los corazones de sus santos. Sin estas marcas, conténtate con el sitio en el que estás. Si aún no estás seguro, te sugiero tomar unas cuantas clases en el seminario y esperar para ver dónde te guiará el Señor, y, allí donde te guíe, sé rápido en seguirle.

Traductor: Manuel Bento

Revisión: Valentín Alpuche